

El prejuicio

Por ENRIQUE GUARNER

Literalmente la palabra prejuicio significa un sentimiento u opinión desfavorable que se emite por anticipado ante una persona o grupo de individuos sin atender a la razón. Generalmente esta actitud resulta estereotipada, cargada de emociones y no puede ser cambiada aun que se ofrezca información que la contradiga.

Hoy en día sabemos que el prejuicio no es ingénito, o sea, que no nacemos con aversión hacia razas o nacionalidades. Observaciones alrededor del mundo demuestran que los niños juegan en forma indiscriminada con los pequeños de grupos étnicos diferentes sin sentir parcialidad. Por lo tanto, esta forma de actuar es aprendida a través de personas que en forma directa o indirecta enseñan a despreciar o aborrecer a gentes distintas que ellos. Este tipo de ideas pueden ser implantadas en forma temprana y rara vez son cuestionadas. Generalmente el individuo que las impone resulta ser una personalidad autoritaria que evita el que se reflexione acerca de sus razones. Uno de los factores que causa el que el prejuicio se arraigue, parte de la inseguridad, dado que entrando en la organización de aquellos que odian a un grupo o nacionalidad, se adquiere la fuerza en contra de los que podríamos denominar «diferentes». También el prejuicio de la agrupación es una manera de tapar el estar en contra de algo o de alguien, o sea el combate cerrado contra los demás no es aislado.

Es difícil hablar de números en cuanto a los prejuiciados. Los grupos mayoritarios tienen frecuentemente aversión contra los minoritarios, pero a menudo ocurre lo contrario. La evidencia histórica demuestra que el hecho de constituir un subgrupo blanco o negro, rubio o mo-



Grupo indígena.

reno, cualquiera que sean sus opiniones es razón suficiente para que otro se sienta en peligro y alimenta el prejuicio.

Cuando algunos miembros de un conjunto tengan peculiaridades, éstas son aprovechadas a través de «racionalizaciones», o sea argumentos favorables para uno que en el fondo son falsos, con el objeto de establecer el prejuicio. Ninguna característica de un grupo explica la razón por la cual sus miembros deben perseguir al otro. Las antipatías entre naciones no deberían existir puesto que en todas existen sujetos buenos y malos, limpios y sucios, religiosos y ateos, avaros y generosos, arrogantes y tímidos. Sin embargo, la historia y los acontecimientos contemporáneos han demostrado que los perseguidos pueden volverse perseguidores si se les da la oportunidad.

Arriba he mencionado algunas de las características negativas que se utilizan para explicar el prejuicio; sin embargo éstas aparecen siempre conscientes y debemos buscar las que están sumergidas en el inconsciente. En general, encontramos que el otro grupo es temido porque actúa inmoralmente o es promiscuo. No resulta accidental que al dar razones para los sentimientos de reprobación, las prácticas sexuales abiertas no dejen nunca de aparecer en la conversación. Aquellos que están en contra de los católicos sacan a relucir cuentos de curas que se acuestan con monjas o feligreses. Por supuesto que se usan los cientos de historias sobre las orgías de los papas y sus allegados. Asimismo las personas religiosas acusan a aquellos que no lo son de conducta fuera de la moral y de aceptación de relaciones ilícitas.

Por otra parte, no debemos dejar de mencionar las sospechas entre las diferentes clases sociales. Los pobres consideran a los ricos como perversos y sádicos. A su vez la clase acomodada acusa a la proletaria de reproducirse como si fueran conejos.

En Estados Unidos, donde el prejuicio alcanzó niveles extraordinarios, los negros eran considerados como animales sexuales y era frecuente que determinados pacientes aseguraran que los genitales de la gente de color resultaban mayores que los de los blancos.

El caso de una enfermedad que se adquiere a través del contacto sexual y que da lugar a numerosos prejuicios puede verse en la sífilis. La mayoría de los autores piensan que ésta llegó a Europa después del descubrimiento de América y que comenzó a expandirse a partir del sitio de Nápoles en 1492. Fue por ello que los franceses la denominaron «mal napolitano», pero como a su vez los franceses se la contagiaron a los alemanes, estos últimos la bautizaron como «mal francés». Posteriormente los germanos la trasladaron a Polonia y allí fue designada bajo el nombre de «mal alemán». Es curioso que el pintor Diego Rivera con sus prejuicios contra los españoles, adjudicara a Hernán Cortés lesiones sifilíticas avanzadas en uno de sus murales.

El prejuicio de los alemanes en contra de los judíos nació de la dificultad para casarse con las hebreas. En los campos de concentración nazis, estas últimas podían ser violadas con entera impunidad. A través de ese sistema se despreciaba al objeto deseado y en el fondo se gratificaba un impulso de carácter incestuoso.

Para ver la base sexual del prejuicio basta con exa-



Ku Klux Klan: una muestra de la aberrante discriminación racial en EU.

minar el sadismo de la persecución. El viejo Testamento hace frecuentes referencias a la práctica entre los hebreos de castrar a sus víctimas. En la historia moderna los nazis solían esterilizar a la gente que consideraban inferiores. Durante la guerra los japoneses destripaban y cortaban los genitales de sus enemigos con el objeto de mostrarlos como trofeos.

Otro prejuicio digno de ser juzgado es el patriotismo, el cual resulta del apego del hombre hacia el lugar donde haya nacido, a su idioma y a las tradiciones y costum-

bres. Esto es algo natural y no proviene de la «voz de la sangre», ni de la raza, sino del inconsciente. Desafortunadamente el patriotismo se utiliza con frecuencia como un sistema de explotación por la clase dirigente. Es por ello que tenía razón Samuel Johnson cuando nos decía que «el patriotismo era el último refugio de los bribones».

La patria nunca debiera de ser ni más grande ni pequeña, ni más rica ni pobre, sino la más justa en cuanto a sus leyes y la más libre de prejuicios.